

HÉROES DE HIELO Y NIEBLA

En un lugar de Naieva de cuyo nombre no quiero acordarme, nació un niño de ojos pantanosos y manos inquietas. Creció entre los silbidos de las flechas al cazar y la magia de unas historias que hablaban de una tierra lejana donde el sol apenas asomaba, y fue un año después de cumplir la mayoría de edad que se enfundó en una capa y nunca más se le volvió a ver.

.....

El Extranjero había llegado a la aldea dejando una estela de murmullos y elucubraciones a su paso. Su piel ligeramente bronceada lo diferenciaba de cualquier habitante de la Aldea Oscura. Su pelo era de un curioso verde oscuro, y andaba deslizándose como una tímida y elegante criatura marina. Como nadie sabía su nombre, lo bautizaron a lo lejos como El Extranjero, y así seguirían llamándolo años después, cuando su piel ya había adquirido la apariencia casi translúcida de la de los habitantes de la aldea y la extrañeza de su llegada no era más que un recuerdo lejano.

.....

Tenía el pelo crespo, los labios suaves, la piel curtida y las manos ásperas de los hijos del campo. Desprendía una basta delicadeza, y bajo las espesas pestañas se adivinaban unos ojos rasgados de elfa furiosa que no habían visto más allá de la tierra yerma de su aldea.

Vivía en el infierno del mundo, y nunca entendió del todo el nombre porque sólo salía el sol una hora al día y el aire, el suelo, los árboles y los ánimos eran tan fríos como un mar de hielo. Tenía diecinueve años, la ropa sucia y los rasgos cansados de cualquier habitante de la Aldea Oscura.

Se llamaba Escarcha, y para ella, las fronteras de su aldea eran las fronteras del mundo.

.....

La joven frunció el ceño, extrañada. Ese día la aldea parecía tener algo más de movimiento, como si se estuviese despertando después de haber dormido durante mucho tiempo. Los habitantes habían cambiado, aunque sólo fuese por un momento, su tan habitual mueca cansada por una de curiosidad. Cuando por fin llegó a su destino, la taberna de la señora Fritz, comprobó, no sin cierta exasperación, que fuese lo que fuese que estaba pasando, se encontraba ahí dentro.

La campanita sonó por toda la taberna anunciando su llegada. Se dirigió directamente a la barra, donde se encontraba la señora Fritz, una mujer robusta de expresión dulce y ropas grasientas, y dejó encima la pesada bolsa de hortalizas que venía arrastrando desde su huerto.

- Me sigue pareciendo cosa de brujas que en esta aldea crezcan los árboles y los campos den fruto con sólo una hora de sol- la señora Fritz le entregó resueltamente un par de monedas de oro desgastado- Pero supongo que cuando las cosas van bien es mejor no cuestionarse nada.
- Creo que decir que las cosas van bien es demasiado, usted es siempre muy positiva- Escarcha sonrió suavemente, aceptando las monedas- ¿Sabe qué está pasando? Fuera hay mucha gente, y parecen alterados. ¿Es otra vez cosa del viejo Bob?

El viejo Bob era un hombre con fama de adivino que de vez en cuando anunciaba profecías que Escarcha no creía pero que alteraban la vida tranquila de la aldea durante un par de días. Pero la señora Fritz negó con la cabeza y, apoyando su pesado cuerpo sobre la barra, señaló a una mesa en penumbra al final del local.

Escarcha no había visto nunca un joven como aquel. Estaba vestido con una extraña capa negra que caía con elegancia hasta el suelo, y un enorme arco reposaba encima de la mesa.

Tenía rasgos suaves y el pelo del color de la hierba seca. Miraba curioso a su alrededor con ojos de pantano y brillo esmeralda. Era fresco y misterioso como la niebla.

- ¿Quién es?- susurró, fascinada.
- Nadie lo sabe- contestó la señora Fritz con simpleza, como si realmente no le importase lo más mínimo.

Escarcha se alejó de la barra, deslizándose lentamente hasta llegar a la altura de El Extranjero. Él la vio acercarse, y no pudo más que sorprenderse por el contraste entre su blanca piel y pelo negro brillante y sus manos ásperas y brazos fuertes. De alguna forma que no lograba entender, era fiera y delicada al mismo tiempo.

- ¿Quién eres?- preguntaron al unísono.

Y quizá fue en ese momento, o quizá fue dos días después cuando se encontraron nuevamente en la taberna, que Escarcha y Sauce, “El Extranjero”, se hicieron amigos.

Su amistad empezó sin avisar, y pronto se dieron cuenta de que su encuentro debía de estar escrito en alguna constelación. Eran dos almas inquietas que correteaban por los campos de la Aldea Oscura y hablaban de países lejanos y sueños de grandeza. Escarcha sintió por primera vez que la vida era más que las hortalizas de su campo y la oscuridad de las calles. Sauce le enseñó a usar el arco y pronto la destreza de la joven con él se hizo legendaria. Aprendió a leer y comprendió que el mundo era más extenso que su aldea, que era más extenso de lo que su cabeza podía llegar a imaginar. Ella le enseñó los usos de mil y una hierbas medicinales y a deslizarse en la oscuridad de forma más rápida y silenciosa que una sombra.

Pasaron varios inviernos hasta que la piel de Sauce se volvió blanca como la nieve y la gente de la aldea dejó de señalarlo con disimulo a su paso. La vida había pasado con la tranquilidad de una canción de cuna, y cuando una mañana el viejo Bob anunció que venían tiempos mejores a manos de una doncella de hielo y un joven de niebla, a nadie le extrañó que Escarcha y Sauce hubieran partido.

.....

- Esto parece un sueño- susurró la joven, extasiada.

Sauce la contempló y la vio tan emocionada como la primera vez le habló de ríos, lagos y campos hasta donde alcanzaba la vista. Apenas tenía veintitrés y la mirada de una niña ilusionada. Su pelo negro había crecido hasta que la cascada azabache le molestó y decidió trenzárselo. Parecía una elfa de los bosques.

Tenía veintitrés años y, con el aire frío en sus pulmones y el mar a sus pies, veía que el mundo no tenía fronteras.

- Podemos hacer cualquier cosa, Sauce, ¿te das cuenta? La vida nos está esperando.

El aire olía a sal y se deslizaba entre las trenzas de Escarcha haciéndolas flotar. Sauce sintió una mezcla de paz y adrenalina correr por sus venas. La imagen de la joven se quedaría grabada en su cabeza hasta el final de sus días.

- ¿Y qué hacemos aquí parados?

Recorrieron el mundo a pie como si fuesen a vivir para siempre y la muerte no les esperase al final del camino. Vieron montañas que acariciaban el cielo con la dulzura de un enamorado y mares embravecidos que parecían querer partir las rocas de la orilla. Atravesaron desiertos y se enredaron entre los árboles de los bosques más verdes del planeta. Atravesaron zonas en guerra y conocieron las historias de cientos de personas, maravillados por haberse cruzado con ellos y formar parte de sus vidas. Se sorprendieron a sí mismos necesitándose con la fuerza del más terrible diluvio, y comprendieron que se habían encontrado para tenerse.

Los libros hablan de dos héroes de hielo y niebla que atravesaron el mundo a lomos de caballos veloces como el viento y que destronaron a reyes injustos y acabaron con ejércitos enteros. Escarcha y Sauce: la joven de hielo, la de la puntería perfecta y agilidad felina; el muchacho de ojos pantanosos y magia ancestral de criatura marina. Eran bandidos para los

nobles y justicieros para los pobres. Fueron la leyenda que pasó de boca en boca a través de generaciones.

Las estaciones se sucedieron una tras otra y con ellas, pasaron los años. Se dice que un frío día de invierno, atravesaron la Aldea Oscura tres figuras cubiertas por elegantes capas negras y grandes arcos de madera pulida. La gente cuenta que se trataba de un hombre de pelo verde mar y una mujer de cabello trenzado de ébano. Y entre los dos, un niño de ojos esmeralda y manos inquietas.

Vivieron el resto de sus días en la aldea que los había visto cruzar su primera mirada, y cuando llegaron al final del camino y la muerte los acunó en sus brazos, creció un enorme sauce que duró hasta el final de los tiempos.

Y cada vez que el sauce se cubría de escarcha, el sol brillaba en la Aldea Oscura las mismas horas que en cualquier rincón del mundo.